

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**Mariposas
de noche**

POR
Bárbara
Leonard y
Ricardo Cortez
—
50 cts.

MARIPOSAS DE NOCHE

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



Mariposas de noche

Excelente producción, interpretada por
BÁRBARA LEONARD, LEE MORAN,
RICARDO CORTEZ, etc.



EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográficas, S. A.

Aragón, 225

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Mariposas de noche

Argumento de la película

El cabaret Trankilus anunciaba entre otras atracciones la de Flora y Finito, una pareja de bailarines que, procedente de escenarios provincianos, había logrado un contrato en la capital.

Su nombre estaba escrito en el cartel en letras menudas, casi invisibles, que contrastaban con el tamaño enorme de los anuncios de otros artistas.

Flora era una chica lindísima. Finito un buen muchacho. Ambos perseguían incesantemente el vuelo, cada vez más lejano, de la gloria.

Pocas veces estaban colocados. Habían conseguido por un milagro ser contratados en el cabaret Trankilus.

—Ya ves, Flora—le decía él contemplando el cartel—. Somos el número elefante del programa y nos anuncian con letras de pulga.

—¡Qué desgracia!

—No te preocupes. En cuanto nuestro público sepa que estamos aquí, tienen que agrandar el teatro. ¡Vamos a ensayar!

Entraron en el local donde los artistas estaban ensayando sus números. Dirigiendo los ensayos se encontraba el director artístico.

—¿Quiénes son ustedes? — les preguntó al verles entrar.

Finito, riendo, respondió:

—El propio Finito, una peonza para servir a usted. Aquí la señorita Flora, mi compañera.

—¡Ah!, ¿son ustedes ese número nuevo? ¡Bien!

—Parece que el local traga gente, ¿eh?

—dijo Finito contemplando la extensión de la sala.

—Mucha. Pero al grano, ¿qué tal el número?

—Un grano... para mis competidores; para los empresarios la casa de la moneda.

—Búsquese un quitamanchas antes del debut, por si acaso... Conozco a mi público.

—¡Bah! En cada localidad he hecho rico a un especialista en oído. ¡Tan sordo me dejan los aplausos!

—Pues a empezar el ensayo.

—En seguida. Cuando la gente pruebe nuestro plato se relame y pide más.

Finito avanzó hacia el director de escena y dándole unos papeles de música, le dijo:

—Verá usted que todas mis piezas son de oro de ley, maestro.

—Lo celebro.

—Pero los copistas las han estropeado y en "La Noche Alegre" hay un sol que desentona...

Entregó un cigarro puro al director y luego dijo dándole otros cigarros para los músicos:

—Dé usted éstos a sus músicos para que toquen bien a Flora.

Comenzó la sesión; Flora bailó con per-

fecta gracia, pero Finito a pesar de sus movimientos exagerados, no consiguió arrancar una sonrisa.

Milagro sería si gustaba al público. De todas maneras, con probar nada se perdía, pensó el director.

Y llegó la hora de la representación.

Cada noche de debut el público iba dispuesto a armarla... y de ordinario se salía con la suya.

Especialmente cuando había algún debut, se preparaba para mover brónca y echar un campo de hortalizas al escenario.

Cuando se anunció el número de Flora y Finito hubo un movimiento de expectación. ¿Quiénes iban a ser aquellos artistas?

La primera en aparecer fué Flora quien comenzó a bailar y a cantar con una gracia insuperable:

*Estoy muy sola y por las noches
no puedo el sueño conciliar...
Un miedo horrible me desvela...
¿No hay quién me quiera acompañar?*

Se movía con tanta gracia que pronto se

metió, como vulgarmente se dice, el público en el bolsillo.

Las ovaciones eran delirantes.

El director del cabaret comentó entre bastidores, hablando con Finito que esperaba su turno para intervenir en escena:

—El número de la muchacha es una monada... y ha entrado en el público.

—Todavía no ha visto usted nada. ¡Yo me meto al público en el bolsillo de las cejillas!

Entre las personas que asistían a la función figuraba Cirilio Bakalloff, director del cabaret "Burbujas de Oro", que al ver a Flora consideró que era una verdadera artista que serviría de muy apreciable adorno en su establecimiento.

Inmediatamente escribió algo en una tarjeta y ordenó a un criado se la entregase a Flora una vez hubiera terminado su actuación.

Flora, riente, gentil, encendida como la misma juventud, seguía cantando:

*—...Y por consuelo vine aquí.
Yo tengo besos para todos...
¿Quién tiene un beso para mí?*

Había llegado el momento de Finito. Salió a escena y exclamó mirando a su compañera:

—¿Un beso? Yo tengo para usted una fábrica que funciona día y noche, princesa.



¿Quién tiene un beso para mí?

Y comenzó a reír y a soltar chistes y a bailar con Flora, pero con tan poco garbo, con gracia tan escasa que el público se tomó la cosa a chacota y comenzó a dar muestras de protesta.

Empezaron a oírse gritos y algunas frases que no eran precisamente piropos.

—El respetable se amosca—exclamó Finito—. Va a ser preciso que yo baile sólo para amansarlo.



—¿Un beso? Yo tengo para usted una fábrica que funciona día y noche...

Y después que hubo bailado con Flora, avanzó hacia las candilejas y exclamó: ,

—Ahora voy a presentar mi imitación del famoso bailarín "El Aguila".

Bailó, pero allí fué Troya.

Comenzaron a caer toda clase de legumbres en el escenario hasta dejar convertido el suelo en una especie de mercado.

Unos obreros lanzaron unos huevos contra la cabeza del bailarín que presentó momentos después un estado lamentable.

Los gritos eran estrepitosos. Suerte que terminó el baile; de lo contrario se origina el asalto al escenario.

Cabizbajos, melancólicos, los dos artistas volvieron a su camarín.

El fracaso rotundo era de él, cuya actuación no podía ser más baja y vulgar. En cambio, Flora se había salvado de la quema y para ella habían sido los aplausos.

Un nexo de fraternal simpatía unía a los dos jóvenes. Como hermanos habían actuado siempre juntos. Nunca la palabra amor se pronunció entre ellos.

Entristecidos por el fracaso, se miraron sin osar preguntarse nada. Sonaban aún en sus oídos las palabras de censura, de violenta protesta popular.

Flora comprendía que la "débaque" era debida a su compañero, pero espíritu noble

y generoso, quería evitar que su amigo conociera la realidad. Finito se creía en sus ilusiones el mejor artista del mundo. ¡El daño que le habría hecho el conocer que la derrota era suya personal!

Con dulce bondad Flora le dijo:

—¡Cuánto me apena no haber trabajado bien esta noche, Finito!

—¿Qué saben de arte esos zoquetes?—respondió él con la confianza del hombre que se cree destinado a grandes cosas—. Les hice "El Aguila"... y me han puesto en salsa.

—¡Pobre Finito!

—No te apenes, chiquilla. ¡Mañana será la buena! ¡O me tiran las butacas o me hincan el pico de una vez!

Llamaron a la puerta. Apareció un empleado del cabaret, quien en forma poco cortés, les dijo:

—Oigan, Flora y Finito, no quiere el empresario que se molesten ustedes en volver.

—Pero...

—¡Nada! Con una sesión ha tenido ya bastante.

Salió el dependiente, y los dos jóvenes se miraron desalentados ante la catástrofe.

Finito recobrando sus ánimos, exclamó:

—Se me ha anticipado. Precisamente iba yo a enviarle mi afectuosa despedida.

El empresario les echaba a los dos. De estar Flora únicamente, se la hubiera quedado por unos días, pero su compañero no merecía ninguna consideración. Como formaban pareja, prescindía de ambos.

Los jóvenes prepararon su equipaje y marcharon hacia lo desconocido en busca de algún director menos exigente que aquél, de un público menos salvaje que el que habían encontrado.

Al salir, un ordenanza les entregó una tarjeta.

Flora leyó, emocionada:

Cirilio Bacalloff

Director del Cabaret Burbujas de Oro.

Si quiere usted un buen contrato, venga a verme mañana mismo.

—¡Magnífico!—dijo Finito en el colmo de su entusiasmo—. ¡Ya no volverán a explotarnos con dos sesiones diarias! De

noche, nuestro trabajo tendrá algo más de reposado, de sereno...

Y salieron hacia la casa de huéspedes para esperar al día siguiente y dirigirse al "Burbujas de Oro".

* * *

Brígida Hart era una dama otoñal, propietaria del cabaret "Burbujas de Oro", donde alternaban las mariposas de noche con los gusanos de mucha luz.

Aquella mañana se encontraba Brígida con el señor Bacalloff haciendo ensayar a varios artistas.

Un criado entregó a Bacalloff la tarjeta que él la noche anterior había enviado a Flora.

—¡Admirable!—exclamó mirando a Brígida y en el colmo del entusiasmo—. Es la muchacha de quien hace un momento he hablado a usted. ¡Una perla!

—Pues hágala pasar.

Momentos después entraba Finito con su peculiar sonrisa y su porte ridículo.

El desencanto de Bacalloff fué extraor-

dinario. ¿Qué le importaba a él ese hombre? Lo que deseaba era su compañera.

Finito repartió saludos y sonrisas a granel y luego dijo:

—Veamos ese buen contrato, señor Bacalloff.

—Bacalloff, si usted no lo toma a mal. Pero yo a quien quiero ver es a su compañera.

—Aquí está... Vamos, Flora, haz el favor de entrar.

Apareció en la puerta la encantadora Flora, toda luz, juventud y simpatía.

Bacalloff corrió a saludarla entusiasmado, y dijo:

—Acababa de decir a la señorita Brígida que usted sería una bella adquisición.

—Es usted preciosa, querida mía—dijo Brígida.

Bacalloff hizo volver varias veces a la joven para que Brígida admirase la gentileza de aquel cuerpo. Luego le levantó cuidadosamente las faldas hasta más arriba de la rodilla para que viese la perfección de sus líneas.

Finito protestó contra aquello.

—Pero, señor mío, si muestro las líneas... —dijo Bacalloff.

—Las líneas, ya lo sé... Pero esas líneas no son de libre circulación.

Bacalloff, prescindiendo de la insignificante figura de Finito, explicó a Flora las condiciones del contrato que iba a proporcionarle.

En voz baja, le dijo:

—Doscientos dólares semanales, querida... pero trabajando usted sola.

La muchacha movió la cabeza, contestando negativamente. Aunque en el fondo de su alma estaba convencida de que Finito, como artista, no pasaba de ser una cosa vulgar, le estaba muy agradecida porque siempre la había protegido muy cariñosamente y no quería trabajar sin él.

—Yo no puedo dejar a Finito... ¡Ha sido mi maestro!

—Reparos necios, hijita... ¿Dónde va usted a ir con ese... exceso de equipaje?

Finito oyó aquellas palabras y avanzando hacia Bacalloff, le dijo:

—¿Pesado yo, que hago la competencia a los saltamontes? ¡Míreme bien!

Y dió varias volteretas ridículas.

—Hay que reconocer que mi número sería el plato fuerte de cualquier menú—añadió.

—¡No insista más! ¡Estamos a dieta!

La señorita Brígida quiso interceder por Finito y dijo aparte al director artístico:

—Sea usted complaciente, Bacalloff... Su trabajo dará amenidad.

Bacalloff vaciló, pero como viese que si no admitía a Finito, Flora, que era una gran artista, no se iba a quedar allí, transigió.

—Quedan los dos aceptados... Formarán la pareja... Quiera Dios que todo vaya bien.

Extendió el contrato e hizo firmar primero a Flora. Al hacerlo acarició su brazo, cosa que vista por Finito le sentó muy mal, e inmediatamente apartó a su amiga del atrevido.

Luego firmó él.

¡Contrato magnífico! Si aquello durase, tenía ya resuelto el porvenir.

Brígida dijo, sonriente, a Finito:

—Parece que le interesa a usted su compañera...

—Ya lo creo. La he de defender contra todos como cosa propia... Y usted, se felicitará, señora, de haberme apoyado. Dentro de poco va usted a usar los billetes hasta para envolver.

Aquella noche debutarían.

Flora y Finito volvieron a la casa de huéspedes, orgullosos de su gloria, de su triunfo futuro.

—Mire si hice bien en rescindir anoche el contrato—exclamó Finito, contoneándose—. ¡El mundo será nuestro!

Ella sonrió...

Bien sabía que el pobre Finito era poca cosa como artista, pero estaba dispuesta a apoyarlo y a no trabajar sin él.

Finito le había ayudado en sus primeros pasos artísticos. Le debía eterno agradecimiento. Y se lo quería demostrar.

* * *

Debutaron aquella misma noche.

El amplio salón del cabaret de las "Burujas de Oro" estaba llenísimo de un público selecto y distinguido.

Antes del número de Flora y Finito, actuó una "troupe" de bailarinas, preciosas criaturas que pusieron el encanto de sus semidesnudeces y de sus picardías en el cabaret.

Un caballero ya anciano que estaba cenando con su esposa, contemplaba maravillado a las bailadoras... ¡Qué piernas! ¡Qué esbeltez de líneas! ¡Qué graciosos movimientos!

Su mujer viendo que suspiraba cómicamente, le increpó:

—¡Libertino! ¡Y decías que era con las formas de gobierno con las que soñabas alto anteanoche!

—Pero, chicuela...

Se anunció la presentación de Flora y Finito.

En el público se produjo el movimiento de expectación peculiar a todo lo nuevo.

Flora y Finito se estaban preparando en el camarín para salir al salón.

El joven había comprado un ramo de flores para su compañera y le decía:

—Te gustan, ¿verdad? Porque si no, me devuelven diez dólares...

—¡Ya lo creo! ¡Son preciosas!

Sonriente escribió en una tarjeta en blanco:

Para Flora y Finito, sus muchos admiradores.

La puso entre las flores para que los criados creyeran que ya recibían obsequios y regalos.

¡Demonio!... ¡Ellos dos eran algo!

Llegó Bacalloff quien les preguntó si estaban listos.

—Sí, señor—respondió Finito—. Y por cierto que ese cuarto que nos dan no es digno de nosotros. Por el momento me resigno a él; pero que vayan preparando otro más digno de mí.

—Bien, hombre, bien... Se tendrá en cuenta.

Y después de cumplimentar muy afectuosamente a Flora salió ordenándoles que se preparasen, pues iban a salir en seguida.

—¡Qué pesadez de tipo!—exclamó Finito al verle desaparecer—. Es un insecto de los que se meten en una costura y te asan.

Un cuarto de hora después, les llamaron a escena. Los dos salieron alegremente,

preguntándose si iban a tener el éxito soñado que les consagraría como buenos.

Entre bastidores encontraron a un negro que les saludó jovialmente.

—¡Diablo!—dijo Finito—. ¡Si usted no es Al Jonson, el bailarín de moda, es un gemelo de la misma botonadura!

—¿No me reconocen?

—¡Pues ya lo creo que sí! ¡Ya habrá quemado usted su centenar de corchos, Baccaloff!

Tratábase, efectivamente, del director artístico, que disfrazado de negro realizaba todas las noches un número de bailarín.

Brígida, la propietaria, se dirigió al centro del salón y dijo, con una sonrisa amable:

—Amigos míos... Voy a presentaros a la monísima Flora... ¡Recibidla como sabéis!

Luego sentóse a una mesa en la que estaba un simpático muchacho, Jorge Delmonte, alegre por su temperamento, mujeriego por afición y millonario por su papá.

Apareció Flora.

Pronto inundó a todos con su alegría loca al cantar la famosa y picaresca canción:

*Estoy muy sola y por las noches
no puedo el sueño conciliar...*

Un miedo horrible me desvela...

¿No hay quién me quiera acompañar?

Acompañaba su ritmo con un baile gentil, armonioso... Desde el momento en que la vió salir, Jorge quedó prendado de ella. ¡Adorable criatura! Y murmuró al oído de Brígida favorables comentarios.

La artista siguió cantando y acercándose a la mesa de Jorge, que era la más cercana.

... Y por consuelo vine aquí.

Yo tengo besos para todos...

¿Quién tiene un beso para mí?

En aquel momento apareció Finito, quien repitió su chiste que a él le hacía tanta gracia:

—¿Un beso? Yo tengo para usted una fábrica que funciona día y noche, princesa.

Y comenzó a bailar y a reír con gracia tan chabacana que el público no protestó

porque en el "Cabaret de la Burbuja de Oro" todo era de buen tono y correcto, pero mostró su desagrado con un silencio que contrastaba con los bulliciosos aplausos que habían resonado para Flora.

Mas, como Flora se pusiera a bailar seguidamente, sucedieron nuevas ovaciones y al retirarse los dos artistas, el entusiasmo fué general, sin distingos.

—¡Buen bocado, Jorgito!—murmuró al oído de Delmonte la señora Brígida—. ¿Quiere usted ser presentado?

—Tendré sumo placer...

—Yo me encargo de ello.

Flora y Finito se encontraban en su camarín, hablando del éxito alcanzado.

—¿Verdad que hemos gustado?—decía él.

—¡Ya lo creo! Tú has estado muy bien.

—Y tú inconmensurable.

Apareció la dueña del cabaret quien después de felicitar a Flora por el triunfo que la elevaba a la categoría de estrella de primera magnitud, le dijo:

—Jorge Delmonte, nuestro mejor cliente, está encantado de usted y la invita a su mesa.

—Dígale que aceptamos—respondió decidido Finito, que conociendo el peligroso ambiente que rodeaba a la muchacha, se disponía a protegerla contra todo evento.

Además en el fondo de su alma, se confesaba que quería a Flora; que el trato íntimo y cordial de tantos años, había acabado, por parte de él, en amor... ¡Si se atreviera!

—¿Pero... usted?—exclamó Brígida, extrañada.

—Sí, aceptamos... Yo sigo tan sencillo, a pesar de mis éxitos.

Se dirigieron al restaurante donde Jorge Delmonte esperaba anhelante... Le importunó bastante la presencia de Finito, pero tuvo que resignarse a ella. Y sentado junto a Flora, comenzó a cortejarla con cariñosas frases...

Finito observaba y sentía un gran desagrado cada vez que Jorge Delmonte decía una palabra bonita o tierna a la hermosura de su amiga.

Por su parte, Flora parecía muy encantada con la compañía de su nuevo admirador

y escuchaba complacida sus elegantes frases.

La dueña del cabaret apareció en medio del salón y anunció:



Finito observaba y sentía un gran desagrado...

—Señores: El célebre artista Al Jonson, imitado por un artista de casa. ¡Se parecen como dos gotas de tinta!

Apareció Bacalloff, disfrazado de negro

y comenzó a bailar y a dar grandes gritos como un mono salvaje.

—M-a-a-a-ami-i-i-i! M-a-a-a-ah!

Todos se reían y Finito en particular le



... escuchaba complacida sus elegantes frases.

imitaba y le tomaba el pelo de una manera risueña.

—¡Ay, su ma-a-a-a-a-má!—gritó, remendándole.

Y la sala estalló en una carcajada, celebrándose la oportuna intervención.

Bacallofff estaba furioso, violento. Aumentó su antipatía y su rencor contra el



... a dar grandes gritos como un mono salvaje.

otro artista. ¿Pues quién se reía? Un ser vulgar, un hombre mediocre, a quien él había aceptado por compasión.

Terminada la actuación del negro, la or-

questa tocó un baile... Pronto el centro del salón se llenó de parejas...

Jorge invitó a bailar a su amiguita y ella aceptó...

Mientras danzaban a los acordes de una suave música, el joven murmuró al oído de su pareja:

—¿Cómo se llama su linda canción, señorita Flora?

Ella ingenua, respondió:

—“¿Quién tiene un beso para mí?”

—¡Yo!

Y, sonriente, la besó en la boca.

La joven le miró indignada, quiso desprenderse de su adorador. Pero él apretándola entre sus brazos, no lo consintió.

En aquel momento apareció la policía en el salón, armándose un gran revuelo.

Brígida corrió a saludar al jefe y dijo, riendo:

—La flota ha anclado en nuestra casa. ¡Aplaudid al almirante!

—¡Basta de payasadas, Brígida! ¡Usted y toda su gente quedan arrestados por tener abierto después de la hora legal!

—Pero... amigo mío...

—¡Nada... nada!... ¡A la comisaría!

—¿Pero se lleva mi público... así, sin inmutarse siquiera?

—No querrá usted que me eche a llorar.

Y pese a su protesta, procedieron los guardias a llevarse presos a la dueña del cabaret, a los músicos y a todos los artistas. Como sea que Jorge estaba hablando con Flora, artista también de la casa, procedióse igualmente a su detención.

Y armando una zarabanda de mil demonios, fueron llevados todos en un amplio coche, hacia la delegación.

* * *

El comisario tuvo que poner orden varias veces ante el escándalo de los artistas.

—¡Silencio, he dicho!

Brígida no se inmutaba por nada.

—¡Qué agradable sorpresa encontrar a usted aquí!—dijo reconociendo al jefe como un cliente asiduo del cabaret.

—No me venga con líos... ni con farsas... Le advierto para lo sucesivo que si no cie-

rra usted a tiempo, tendrá que dar su espectáculo en la cárcel.

—La gran idea, muchachos — exclamó Brígida, que nunca perdía la serenidad—. ¡Vamos a obsequiar a los policías con un número alegre! ¡A tocar!

Los músicos desenfundaron sus instrumentos y comenzaron su tonada de moda; los artistas empezaron a bailar.

Aquello no era una delegación de policía; parecía más bien la sucursal de un cabaret.

Tuvieron los policías que aguantar durante varios minutos el fenomenal escándalo, hasta que consiguieron poner orden y que los instrumentos enmudecieran.

—¡Basta ya! ¡Y no saldrán ustedes de aquí sin una fianza de cien dólares por persona, pagada al contado!—dijo el jefe.

Hubo un silencio general. Nadie traía aquel dinero.

—¿No hay quién entregue la fianza?—exclamó el jefe.

Finito preguntó a Bacalloff con rostro compungido y asustado:

—¿Le sobran a usted cien dólares por casualidad?

—¡No gaste saliva en balde! Me veo negro para ganar mucho menos.

Tampoco Jorge Delmonte llevaba aquel dinero encima. Contemplaba tristemente a Flora que no se apartaba del lado de Finito.

—No hay dinero, ¿eh? Pues al encierro —gritó el jefe.

—Jefe—observó un policía—. Están todas las celdas llenas y no caben estos pájaros.

—Pues métalos en las jaulas.

La cosa iba de veras.

Jorge, no queriendo que aquellos buenos amigos sufrieran las consecuencias de la pobreza, avanzó hacia el jefe, y le dijo:

—Me permite que telefonee a mi abogado para que prepare la fianza?

—Puede usted hacerlo.

Telefoneó rogando al letrado viniese con dinero necesario para libertar a numerosas personas.

El jefe ordenó que todos fueran conducidos a las jaulas. Mientras no llegaba el dinero, debían considerarse como presos.

Fueron metidos en dos grandes departa-

mentos, separados por barrotes. En un de ellos entraron las mujeres, en el otro los hombres.

Había allí varios detenidos que se echaron a reír al ver a los estrambóticos huéspedes.

Algunos rodearon a Bacaloff y comenzaron a hacerle burla:

—¡Tú, moreno! Los cuervos no son para esta jaula—le dijo uno.

—Mi negrura no es natural. Es que imito a Al Jonson—respondió, contrariado y con su poquitín de temor.

—Pues de betún estás bien. Veamos cómo aúllas.

Bacaloff se vió obligado a cantar e hizo bien poca gracia. Aquello no gustaba a nadie.

—Yo vine al mundo artista—dijo Bacaloff, orgulloso, al terminar—. ¡Toda mi sangre es arte!

—Lamento que esté usted tan anémico, amigo—contestóle un chusco.

Luego rodearon a Finito obligándole a bailar. El mediocre bailarín dió varias vueltas y esta vez con verdadero éxito. Recibió

una de las ovaciones más grandes de su vida.

Terminada su actuación fué a sentarse al lado de Jorge que a través de las rejas hablaba con Flora.

Finito contempló con melancolía a Jorge... ¿Es que ese muchacho le iría a quitar el cariño de la criatura que él amaba?

—¿No quiere usted que nos reconciliemos, Flora?—dijo Jorge, viéndola severa y triste, pues se acordaba del beso arrancado a la fuerza.

Flora no contestó.

—Se va usted a aburrir mucho sin hablar, porque estaremos aquí hasta mañana.

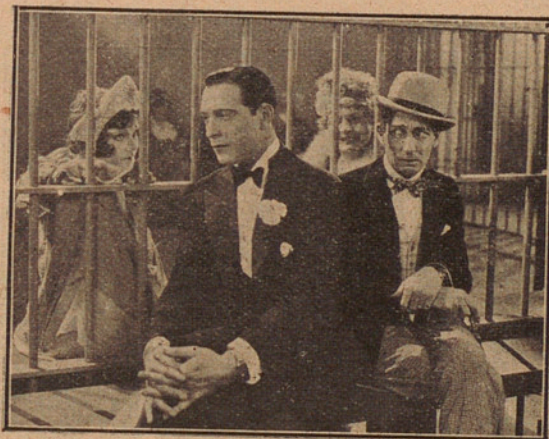
Igual silencio por parte de ella.

Entró un guardia y con grandes aspavientos, exclamó:

—Todas las mariposas de noche y los moscardones que las siguen... pueden volar... ¡Ya hay fianza!

Con inmensa alegría y alboroto salieron de la jaula dirigiéndose a la sala del jefe donde éste les comunicó que el abogado de Jorge había depositado para todos la fianza necesaria.

La alegría fué general y se vitoreó al buen Jorge Delmonte que con tanta delicadeza se comportaba... ¡Bien por los hombres rumbo!



—¿No quiere usted que nos reconciliemos, Flora?

Jorge, amable, cordial, estaba satisfecho de haber podido hacer tanto bien a los demás.

Y Flora, emocionada por aquel gesto generoso, acercóse a él y le dijo:

—He sido muy rencorosa; lo comprendo y pido perdón.

—Se lo concedo de buen grado... En realidad soy yo quien debe solicitar su perdón.



—He sido muy rencorosa; lo comprendo y pido perdón.

—¡Oh, no hablemos de ello!...

Los músicos obsequiaron a la policía con un pasodoble castizo, y salieron de la cárcel como si acabasen de darse el gran ban-

quete. La satisfacción les rebosaba por el rostro...

Al salir, Jorge dijo a Finito, mirando a Flora:

—¿Usted no tendrá inconveniente en que lleve a su casa en automóvil a la señorita Flora?

—No hay que hablar de eso—dijo riendo el bailarín—. Encantados iremos en su coche.

Se convidaba directamente; Jorge resignóse... No había modo de sacarse de encima a aquel artista.

Ya en el coche, mientras iban a la casa de huéspedes, Finito explicaba su delirante éxito.

—... Y cuando me vieron bailar, los pobrecillos se alegraron de haber ido a la cárcel.

Ni Flora ni Jorge le escuchaban. Hablaban en voz baja, dominados por profunda e irresistible simpatía como si el amor hubiera ya llamado a sus almas.

Al despedirse, Jorge preguntó a Flora:

—¿Podré visitar a usted... muy pronto?

Antes de que pudiera responder, ya Finito tuvo la contestación preparada:

—Cuando usted quiera. Si ella no está, yo le recibiré...

Marchó el generoso protector al que debían la libertad, y los dos jóvenes quedaron comentando el éxito y las fatigas de aquella noche, que seguramente no podrían olvidar nunca.

Y Flora se durmió pensando en el caballero ideal...

* * *

La casa de huéspedes de Flora y Finito y un convento de trapenses, se diferenciaban poco.

Reinaba allí un escándalo enorme, extraordinario, desde la hora del alba.

Se cantaba, se saltaba a la comba, se daban volteretas, realizábanse por parte de los huéspedes diferentes ejercicios gimnásticos. Todos los clientes eran más o menos artistas y aquella era la hora de sus estrepitosos ensayos.

Finito fué despertado por el ruido atró-

nador que hacían los huéspedes de la estancia vecina.

—¡Eh, vecinos!—gritó—. ¿Tenéis sesión continua como los cines?

Pero como siguieran escandalizando, optó por levantarse. Después de arreglarse, dió la corriente a la plancha eléctrica y la hizo servir a modo de hornillo para calentar el desayuno.

En tal operación se hallaba, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién?

—Soy yo—respondió la voz de Flora—. ¿Está el señor Adán como antes o como después de morder la fruta?

—Puedes pasar.

Entró la linda compañera de Finito, la mujer que le quería como un hermano, y a la que éste amaba de muy distinta manera.

—Lee y entérate de lo que dice el periódico de hoy—le explicó ella entregándole el diario.

Finito temblando leyó:

Debutó anoche en el cabaret "Burbujas de Oro" la pareja Flora y Finito. Flora es como una mimosa muñequita ingenua que

deleita con su voz y con su ritmo. Finito, su pareja artística, no pasa de ser una medianía como bailarín.

Ella le miró tristemente.

—¡Ya ves lo que dicen! ¡Qué lástima! ¡Cuán injustos son contigo!

—¿Yo una medianía? — exclamó él sin perder la serenidad—. Menos mal que la censura ajena labra pedestales.

Flora sabía que su amigo realizaba una labor mediocre, pero le daba ánimos y le elogiaba bondadosamente.

—¿Quién hace caso de esos periódicos? El público te hizo justicia. Y es que bajamos gracias a tu valer, Finito...

—Sobre todo, que hablar de mí el mejor crítico de la ciudad es ya darme realce.

—Es verdad... Subimos como la espuma del champaña, querido Finito.

—Lo merecemos.

—El triunfo es especialmente tuyo. ¿Quién sino tú me ha enseñado todo lo que sé?

Y casi hablaba convencida. Finito podía ser un mal artista, pero tenía un temperamento de profesor, de maestro, y había lo-

grado con sus enseñanzas hacer de Flora algo que sobresalía del vulgo.

—Es la cadena—dijo él, orgulloso—. A mí me lo enseñó todo la bella Miserere... que es un dolor ver cómo está ahora.

Llamaron.

—¡La patrona!—exclamó Flora—. Esconde tu cocinilla eléctrica.

El bailarín corrió a ocultarla entre papeles y Flora franqueó la puerta.

Era Jorge Delmonte.

Saludó cordialmente a la mujer que le turbaba con su recuerdo y le dijo:

—Ser casera tendrá mucha virtud; pero el aire es necesario, Flora... ¿Damos un paseíto?

—Mucho me agradaría... lo malo es que aun no hemos almorzado—contestó Finito.

—Pero...

—Venga a buscarnos más tarde... y tomaremos un bocadillo juntitos—siguió diciendo el bailarín.

—Está bien... A las cuatro nos encontraremos en el Ritz.

Todavía permaneció el joven millonario hablando algún tiempo con su amiga que

estaba turbada, casi sin atreverse a responder a sus galantes preguntas. Al cabo marchó prometiendo volver a la hora convenida.

Y volvió... y salieron los tres.

Y así un día y otro día continuaron aquellas entrevistas donde Finito hacía cada vez un papel más desairado, pues Flora y Jorge prescindían por entero de él para pensar solamente en el cariño y la sed de amar que experimentaban sus corazones.

Finito se sentía cada vez más turbado y disgustado. Dábase cuenta de que iba a perder toda posibilidad de hacer suyo el corazón y el alma entera de su amiga, y esto le desesperaba.

Cierto día recibió en su casa la visita de Kann y de Lulú, una pareja de bailarines, buenos amigos suyos.

—Bienvenidos a mi casa, Kann y Lulú—les dijo.

—Llámanos sólo por mi nombre—dijo Kann—, porque Lulú ya es Kann también... ¡Acabamos de casarnos!

—¡Magnífico! ¡Qué alegría me dais!

—Pues tú y Flora nos deberíais imitar—dijo Lulú sonriente.

—¡Oh!... veréis...

Un extraño rubor coloreó sus mejillas.

—Pero no tardéis tanto como nosotros—dijo Kann—. No sabéis lo que os estáis perdiendo.

Y acarició a su mujercita.

—Me hago cargo... Y vaya... que voy a declarar mi amor.

—Ya hace tiempo deberías haberlo hecho... Pero... prudencia con los pedidos a París, que vienen las mercancías con la boca abierta.

Cuando marcharon sus amigos, aquella pareja tan envidiable y tan feliz, Finito tomó la determinación de declararle su amor a Flora.

Era preciso efectuarlo rápidamente, antes de que aquel Jorge Delmonte se adelantara e ilusionara a Flora con el brillo relampagueante de sus palabras de oro.

Era preciso aventurarse...

* * *

Pasaron algunos días...

Y una noche en el cabaret, Finito se decidió a llamar la atención de Jorge sobre sus asiduidades constantes con Flora.

Le llamó aparte y le dijo:

—Me duele, amigo Jorge, que pierda usted el tiempo tan tontamente como aquel que “a la mar fué por naranjas”.

—¿En qué sentido habla usted? ¿Por qué dice eso?—le replicó severamente.

—Porque he notado que corteja usted a mi compañera Flora... y amigo, las cosas están verdes.

—¡Usted qué sabe!

—Nada... nada... no quiero que siga esto así... Yo he iniciado a Flora en una carrera espléndida... y uniéndose a usted, su arte desaparecería... Porque, ¿qué puede usted ofrecerle?

—¿Yo? Nada más que mi mano... y un millón de dólares.

—Pero supongamos por un momento que usted se arruinara...

—Cierto que en todo hay que ponerse... Mas, ¿por qué no me había de ganar la vida bailando como usted?

—¡Ilusiones! No aprendería usted ni el paso más sencillo.

¿Quiere verlo?

Jorge comenzó a bailar y a fe que lo hizo con verdadera soltura.

—Nunca llegaría a ser lo que yo soy. ¡Desengañese!

Apareció Flora quien sonrió al ver bailar a los dos amigos.

—Pero, ¿qué significa eso?

—¿No sabes?—dijo Finito, riendo—. Jorge quiere bailar como yo, que hago con los pies encaje de Bruselas.

—Le demostraré que sé bailar... ¡Fíjese, amiguito! —dijo Jorge.

Y ante el asombro de Finito, cogió a Flora y comenzó a dar con ella vueltas impecables de danza.

Luego, marchó con su pareja a la sala del cabaret donde el baile era general.

Flora se sentía alegre, feliz... Aquel hombre había hecho suya por entero su alma.

En la vorágine de la danza, Jorge le murmuró:

—¿Cómo es la pregunta que da nombre a su canción, Flora? La he olvidado otra vez.



Y ante el asombro de Finito...

Ella esta vez sonrió y dijo, bajando los ojos:

—¿Qué importa la pregunta, cuando usted sabe la respuesta?

—¡Flora mía!

La besó en los labios... y Flora se ruborizó, complacida de la caricia que sellaba de solemne modo su amor.

—¡Chiquilla... te quiero!... Me casaré contigo—le decía Jorge, emocionado, pues era aquella la primera mujer que había logrado emocionar sinceramente su alma.

—¿Jorge? ¿Me quieres de veras?

—¡Para ser tu esposo!

Terminó el baile... Fueron a sentarse a una mesa... Reían, inmensamente felices.

Finito, desconocedor de aquel beso y de aquella declaración, había estado paseando por el corredor y forjado un plan.

Dirigióse hacia donde estaban los jóvenes y dijo a Jorge:

—¿Quiere usted dejarme su coche por un momento?

—¿Mi coche?

—¿Para qué lo quieres, Finito?—preguntó Flora con extrañeza.

—He de ir por una cosa muy importante para nuestro número.

—No tengo inconveniente. Llévase usted—dijo Jorge.

Loco de alegría, el bailarín subió al au-

tomóvil del millonario y lo lanzó a gran velocidad.

Aquella noche pensaba realizar grandes cosas.

* * *

Minutos después se encontraba Finito ante una tienda de joyería. Descendió del coche y entró en ella.

Vió un gran cartel colgado de la pared que decía:

Anillos nupciales.

Espléndidos surtidos.

El crédito de usted es bueno para nosotros.

—¿Qué se le ofrece?—preguntóle el joyero.

—¿Puede usted enseñarme algunos anillos?

—Con mucho gusto.

Le mostró un estuche en que brillaban varias sortijas de magnífico resplandor.

—¿Cuánto vale ésta?—preguntó enamorado de una que tenía un brillante de grueso tamaño.

—Cinco mil dólares.

Finito sudó.

Señaló otra mucho más sencilla.

—¿Y ésta?

—Doscientos dólares.

—Me gusta ésta más que la grande... No es tan ostentosa... Me la quedo. Pero desearía comprarla a plazos.

—Bien, señor... ¿Me hará el favor de su tarjeta y sus informes?

Finito le entregó una cartulina.

Rufino Raggs (Finito).

Una medianía como bailarín.

Cabaret "Burbujas de Oro".

Nueva York.

El comerciante telefoneó al cabaret, preguntando por la propietaria. Brígida se puso al aparato y al enterarse de que Finito quería comprar a plazos un anillo nupcial, poco caro, respondió, sonriente y sorprendida:

—¿Cómo? ¿Ese tunante? Claro está que lo garantizo.

Finito le dió las gracias por teléfono y le comunicó que se casaba con Flora.

El joyero ante los informes, entregó la sortija a Finito haciéndole firmar antes el contrato de adeudo.

Loco de alegría marchó el bailarín hacia el cabaret. ¡Qué sorpresa se llevaría su compañera!

Estaba seguro de que Flora le daría el sí en cuanto él la hablase.

Por su parte, Brígida no salía de sorpresas... Y fué grande la que tuvo al ver a Flora abrazándose y cambiando un beso con Jorge.

Brígida, que pensaba que Finito iba a casarse con Flora, no pudo disimular su emoción.

—Pero...

Ella le explicó, sonriente:

—Me caso con Jorge, ¿sabe usted? No se lo diga a Finito, quiero darle la sorpresa yo misma.

—¡Ah... bien... bien!...

Y Brígida, entristecida, pensó en el dolor

del pobre artista cuando conociera la verdad.

* * *

Aquella noche, mientras se preparaban para salir, Finito dijo, emocionado, a su amiga:

—Tengo que darte un notición, muñeca.

—Ahora, no—respondió ella, sonriente—.

Date prisa, que ya va a tocarnos salir.

El sonrió y dijo:

—¡Ah, chiquilla... pensar que todos mis éxitos te los debo a tu soberano arte!

—Y yo al tuyo... Nosotros más que asociados somos camaradas leales, ¿verdad, Finito?

—Sí... sí... Tú has sido más que una compañera para mí—repuso emocionado y animado por aquellas palabras.

—Ya lo sé, Finito... pero...—dijo, extrañada.

—Pues yo, Flora...

Le hubiera declarado en aquel momento

su pasión, de no sonar el timbre anunciando que Flora debía presentarse en escena.

Ella, interrumpiendo la conversación, marchó a la gran sala del cabaret.

Jorge ocupaba su mesa de costumbre.

La dulce Flora comenzó a cantar su canción, terminando con el mismo estribillo:

Yo tengo besos para todos...

¿Quién tiene besos para mí?

Apareció en aquel momento Finito, y, cosa extraordinaria en él, pues nunca lo había hecho, al contestar que tenía una fábrica de besos que funcionaba noche y día, quiso demostrárselo y estampó un ósculo en los labios de Flora.

Se sorprendió Flora y tampoco a Jorge le supo bien el atrevimiento, pero ninguno de los dos dió demasiada importancia a lo que consideraron una broma de Finito.

Este no había podido contenerse y la había besado de modo tan espontáneo, casi inconsciente. Luego se arrepintió de lo hecho.

Mientras bailaban, le dijo:

—Si supieras, Flora, la sorpresa que te reservo.

—Yo también he de contarte algo nuevo... y bonito—respondió, sonriente.

—Después hablaremos...



... con el alma radiante de satisfacción...

Finito, con el alma radiante de satisfacción, deseó más que nunca que terminara cuanto antes su número...

Cuando, una vez terminado el baile, se retiraron a su camarín, Flora, que veía al-

go raro en la actitud de su amigo, le preguntó:

—Finito, ¿a qué te referías cuando afirmabas que yo fui para ti más que una compañera?

El la miró turbado.

—Flora, yo...

En aquel instante, como si la declaración de amor estuviera condenada a no salir de sus labios, entró en la estancia Jorge Delmonte.

Avanzó con su sonrisa seductora, de hombre feliz, a gusto con la vida.

Finito le contempló disimulando la ira.

—¿Se lo has dicho ya, Flora?—preguntó el recién venido con una sonrisa cordial.

—¡No!

—¿El qué?—preguntó Finito.

—¡Ea! Voy a decírtelo yo... Flora va a casarse conmigo...

—¿A casarse?

El pobre muchacho palideció. Creyó que la tierra daba vueltas.

¡Todos sus sueños de amor hundidos en un momento! ¿Y había sido tan cándido para creer que Flora se casaría con él?

En un bolsillo del chaleco, llevaba el anillo nupcial. ¡Qué grotesca le parecía ahora aquella compra!

—¿Qué, Finito? — preguntóle Flora—. ¿No te alegra la noticia?

En seguida reaccionó. Era preciso que nadie conociera la espantosa realidad.

—Sí, me alegro mucho... Y espero, Jorge, que sea usted bueno para ella... que esté sola en el mundo... Yo siempre la miré como a una hermana...

—¡Gracias, Finito! — dijo Jorge—. ¡La amo con amor honrado y Flora será feliz!

—Y a propósito — preguntó Flora, sonriente, a su compañero de baile—. ¿Qué tenías que decirme tú?

El desdichado cerró los ojos. Evocó aquellas escenas de amor imaginadas, que nunca se realizarían... Había que callar, que mentir, para no hacer más risible su situación de desairado galán.

—Pues... lo que tenía que decirte... era que sospechaba este resultado de tu amistad con Jorge...

—¡Ah, siempre has sido muy listo, Finito!

Y le dió un dulce beso, que él recogió sintiendo que sus ojos se empañaban de llanto.

Flora y Jorge quedaron hablando, y Finito se alejó del camarín.

La dueña del cabaret le vió por un corredor enjugándose los ojos, y comprendiendo todo el dolor de aquel hombre, le dijo:

—¡Mi corazón sufre con su pena, amigo mío! ¡Ha tratado usted siempre tan correctamente a Flora!

—¡Que ella no sepa mi congoja!... ¡Prométamelo usted!—respondió el bailarín.

—Y usted, prométame que sabrá vencerla... que se mostrará ante ellos como un perfecto comediante...

—¡Descuide, Brígida!... ¡Me verán más alegre que nunca!...

Y lanzó una carcajada, que sonaba a desgarrador lamento de payaso dolorido.

Flora dejó de cantar en el cabaret. Iba a casarse dentro de poco con Jorge Delmonte y ascendía a la categoría de gran señora...

Y en lo sucesivo, Finito tuvo que actuar sin pareja.

Brígida, compadecida de él, le había proporcionado un contrato de un año, y el pobre hombre se disponía a sacar de entre las duras rocas del dolor, un manantial de risa...



Quería ahogar con bufonadas la tragedia de su corazón.

Y lo conseguía. Nunca había reído tanto como entonces. Quería ahogar con bufonadas la tragedia de su corazón.

Pero muchas veces, mientras en escena

realizaba estúpidas piruetas para provocar la risa, las lágrimas asomaban a sus ojos y pensaba en el amor que nunca logró alcanzar, y en su soledad de bufón, condenado a mentir eternamente...

FIN

FORMIDABLE éxito de la nueva
publicación semanal de novelas
modernas

La Novela del Chofer

Números publicados:

La amiguita del chofer
Por qué se mató mi novia
Mi aventura de París

El martes aparecerá:
En la parada del "Palace"

Recuerde usted este título

La Novela de la Modistilla

PIDA USTED

*el reciente libro
de las selectas*

**Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica**

LA RUTA DE SINGAPORE

*por Ramón Novarro
y Joan Crawford*

**16 ilustraciones en papel couché
Artística portada**

Esta semana

en las selectas

Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

la deliciosa novela

La actriz

por

Norma Shearer

Ralph Forbes

Roy D'Arcy

etc.

¡Siempre lo mejor

entre lo mejor!

¡IMPORTANTE!

Muy en breve aparecerá la
publicación semanal
de novelas de ambiente modistil,
denominada

La Novela de la Modistilla

dedicada a las deliciosas obras
de la aguja.

Asuntos amenos
Excelente literatura
Ejemplos

Moralejas Contrastes

Publicación que no dejará de
comprar ninguna modistilla

Portada a todo color
Ilustraciones en el texto

30 céntimos

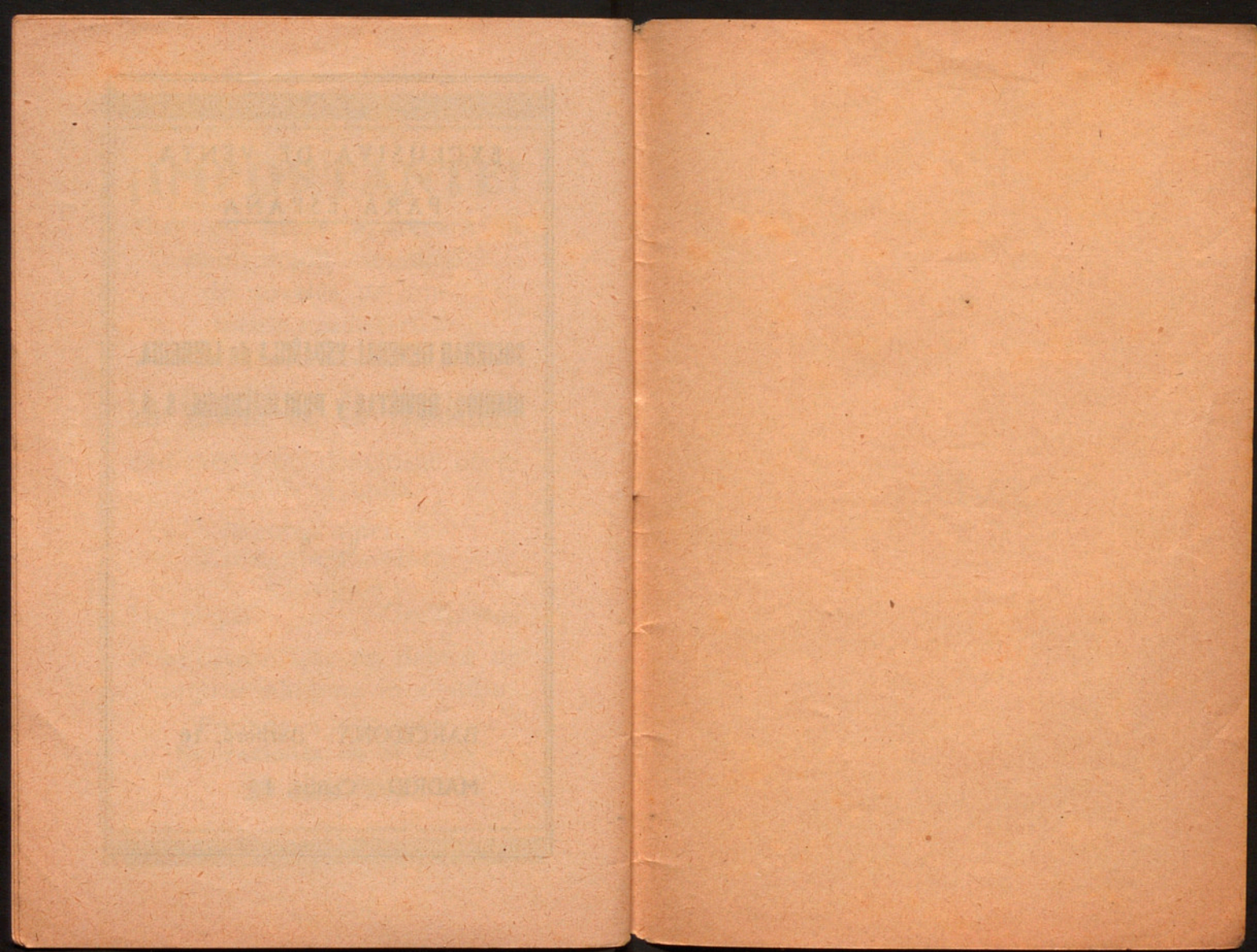
EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.**



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1



E. B.